

Juliana, el primer amor

Luis David Castellanos Dimas
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia
Correo electrónico: auxiliaraactivosfijos@ustabuca.edu.co

¿Quién era Juliana?

Juliana era una persona alegre, amigable, estudiosa y trabajadora.

La conocí cuando era solo un niño, cuando mi mamá me llevaba a comprar la ropa en el almacén que tenía su mamá doña Rosa María. Recuerdo mucho esa época porque siempre se burlaban de mí porque los pantalones o se me caían o me quedaban por el tobillo, pero ninguno me quedaba bien, ellas solían decir –jumm le quedo como prestadoj.

Al principio me sentía mal, pero luego con el tiempo también me daba risa, ya estaba acostumbrado a comprar la ropa grande y luego visitar a doña María del Carmen la nonita de Juliana, una viejita con cabello blanco y liso, ella muy amable, arreglaba mis pantalones, los entubaba, como se decía en ese tiempo, era dejarles la bota de 14 cm, a tal punto que uno sufría al colocárselo, la moda de ese tiempo.

Mientras ella arreglaba mis pantalones, nosotros jugábamos con Juliana al conductor, el pedal de la máquina de coser era el acelerador, el volante era una tapadera grandísima, la palanca de cambios era el molinillo de batir el chocolate, recuerdo como ayer ese taller de costura. Así como recuerdo los tiempos en el colegio, íbamos en el mismo año, pero en diferente salón, Juliana era muy alegre, recochera con sus compañeros solía hacer desorden, bulín y decir muchos chistes en el cambio de clase, todos los niños le hablaban, jugaban y compartían en los descansos.

Luego de salir del colegio ella iba a mi casa a jugar al desafío, a los granjeros, a los constructores, en fin, a lo que se nos ocurriera,

en una zona verde que queda en la parte de atrás de la casa que tiene mi señora madre Victoria Dimas, en el barrio popular modelo del municipio de Málaga.

Los años pasaban y seguíamos siendo amigos, compartíamos momentos en el colegio y en las tardes teníamos planes todos los días, a tal punto que decían nuestras familias que éramos uña y mugre. El recuerdo más presente que tengo fue el día de sus quince años, un tres de agosto del 2014, yo fui su chambelán, nos emborrachamos por primera vez a punta de aguardiente, bailamos el vals, nos reímos y compartimos con nuestras familias que se reían por travesuras hechas cuando éramos unos niños.

Ella se veía hermosa, su cara maquillada era lo más lindo de esa noche, su vestido bombacho era de color rosa, su color favorito y soñado desde niña, su cabello largo y con churcos, sus ojos y pestañas resaltaban su mirada. Esa noche le dije que estaba hermosa, y ella me dijo –dices mentiras siempre me haz dicho que soy fea y nunca me veras más que una amiga. Y hoy me arrepiento de haberle dicho en algún momento que era fea, lo que no le dije era que era mentira, que al contrario me gustaba y me parecía muy linda, me duele no haber vivido momentos lindos con ella que solo se pueden vivir cuando uno se enamora.

Pasaron los años y me vine a vivir a Bucaramanga, empezaba una nueva etapa en vida, mi mundo giraba alrededor de dos universidades, en una estudiaba y en la otra trabajaba, mientras tanto ella estudiaba ingeniería en Málaga, nos escribíamos en la noche, al principio hasta la madrugada, luego el cansancio no nos dejaba si no pocos minutos.

Solo nos veíamos cuando yo iba a mi tierra malagueña a visitar a mi familia, en vacaciones de fin de año, nos agendábamos un día para salir a comer a bailar o a gozarnos el carnaval del Oriente colombiano, con espuma, pinturas y haciendo barra en cualquier carrosa, eran sus seis días de carnaval con bailada segura hasta el amanecer.

Pasó el tiempo y llegó un 2 de junio del 2018, día en que ella tenía una salida pedagógica a un sitio turístico que queda a dos horas de Málaga, llamado la laguna de Ortices, exactamente, en el municipio de San Andrés, Santander, con el fin de tomar unas muestras de agua, para hacer prácticas y experimentos de laboratorio, pues su carrera de ingeniería lo requería.

Ese día ocurrió un accidente de dos estudiantes que iban en una moto, exactamente, en la curva que está antes de llegar al alto de Málaga, el frío, la neblina y la carretera en mal estado eran unas de tantas causas de ese accidente, en ese momento se desconocía el estado de salud y el nombre de los dos pasajeros. Al momento llegó la ambulancia y con ella la policía que dió a conocer el nombre de los pasajeros y el estado de salud, el joven Andrés Torres López y la joven Juliana García Ríos estaban con signos vitales y su estado de salud era muy crítico.

Ese día fue muy triste no solo para su familia si no para todos sus amigos y conocidos, Cuando sus padres se enteraron ya ella estaba en el hospital y estaba muy grave, había perdido mucha sangre, estaba ahí dormida, no sabíamos si escuchaba a sus papas hablar, lo único que se sabía era que estaba viva por que respiraba. Del hospital de San Andrés la trasladaron para el hospital de Málaga, ya que tenían que llevarla para una unidad de cuidados intensivos, esos momentos eran muy angustiosos puesto que no sabíamos si podía salir de este suceso.

Trascurrió la mañana y gran parte de la tarde de ese viernes, cuando el medico José Gómez Serpa da la noticia que nunca nadie quisiera escuchar, la noticia más triste que puede recibir una madre, el médico dice que su hija de 19 años había partido de este mundo.

Los medios de comunicación, emisoras y redes sociales dieron a conocer esta noticia, poco a poco nos enterábamos; ese día yo estaba trabajando en el Campus Piedecuesta, cuando mi celular suena, era una notificación de una página de Facebook que se llama lo que pasa en Málaga, desbloqueo mi teléfono y allí estaba su nombre y su foto en blanco y negro, parecía mentira, llore como un niño inconsolablemente sentía que mi vida se terminaba lentamente del dolor tan grande que estaba sintiendo.

Del dolor que tenía no se me pasó por la mente, que tenía que ir a su entierro, viajar 8 horas por una carretera sin pavimentar, para darle su último adiós; ese viernes viaje a las 9 de la noche quería llegar en la madrugada a verla, no creía lo que estaba pasando hasta no verla. Llegue tipo 3 de la mañana y vi esa sala llena de flores con un cajón de madera color café donde no nos gustaría ver a nadie de nuestros amigos; no la miré, no quise verla, me quedé con el recuerdo de su sonrisa y alegría a toda hora hasta en los momentos más difíciles, solo dije para mis adentros se adelantó como en todo Juliana Juliana.

El sábado tres de junio a eso de las tres de tarde fue su entierro, asistimos muchas personas para acompañar a su familia en este dolor de despedir a su niña, como ellos le decían de cariño a esa joven que muchos recordaremos alegre, amigable y de buen corazón.

En busca de mi mejor amigo

María Camila Portilla Saldarriaga
Estudiante de Ingeniería Ambiental
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia
maria.portilla@ustabuca.edu.co

La publicación en Facebook

Todo empezó el 20 de mayo de 2018 a las 11:39 a.m. Estaba revisando Facebook como de costumbre, cuando de pronto apareció una publicación sobre una perrita llamada Tara. Su madre era callejera y algún can la había embarazado, por lo que esa pequeña era ofrecida en adopción.

Aunque yo vivía en ese momento con mi abuela Emilia, sentía que me hacía falta otro tipo de compañía, y estoy segura de que Tara necesitaba lo mismo. Así que decidí preguntar a la chica que hizo la publicación, Viviana, si la perrita aún seguía en adopción.

—Buenos días, Camila. Sí. Tara aún espera por su hogar ideal— respondió Viviana el 21 de mayo a las 9:19 a.m.

Ella me dio su número de WhatsApp. Después de mucho pensarlo y sin permiso de mi abuela fijé una cita el 24 de mayo para adoptar la perrita.

La advertencia

Si bien mi abuela se había criado con todo tipo de animales –especialmente perros–, estaba reacia al hecho de convivir con una perrita.

—No quiero animales en esta casa, Camila. Esa perrita solo será suya de palabra, porque al final seré yo quien me encargue de alimentarla, recogerle, pasearla... — decía siempre que le nombraba la adopción.

Sin embargo, yo fui astuta y escogí el día de mi cumpleaños, 24 de mayo, para comentarle

lo que pensaba hacer, asumiendo que por ser mi día no habría sermón alguno.

Aun así, mi abuela sentenció.

—*¡Si usted trae ese animal me voy de la casa!*

Yo no creía posible el hecho de que se marchara, por lo tanto, hice caso omiso a su advertencia.

En ruta

No quería ir sola a mi cita con Viviana, de modo que hablé con mi amigo Rodolfo.

—Quiero una perrita que están dando en adopción. Pensaba ir hoy por ella. El problema es que debo ir al barrio La Cumbre... ¿Me acompañaría? Por favor —le dije.

—O volvemos con la perrita o regresamos sin nada— él respondió, haciendo alusión a que La Cumbre no es precisamente el barrio más seguro de Floridablanca.

Nos reímos y, como buen amigo, decidió acompañarme.

A las 2:00 p. m. terminamos nuestra jornada académica. Salimos de la Universidad Santo Tomás localizada en Floridablanca, tomamos el Metrolínea P8 y luego el P2C, bus que finalmente nos trasladó a ese barrio.

Mientras íbamos en camino nos preocupaba el hecho de que nos robaran. Ni Rodolfo ni yo hablábamos al respecto de eso, pero por nuestras caras se notaba la preocupación.

Esa preocupación se convirtió en ansiedad después de diez minutos del recorrido. Un muchacho se subió al bus, parecía desaliñado, traía la camiseta oficial del Club Atlético Bucaramanga, una gorra Nike amarilla fosforescente y una pantaloneta negra. El recorrido después de eso se sintió largo, aunque solo nos faltaban dos paradas para llegar a nuestro destino. Sin embargo, tuvimos tiempo para tener la certeza de que el temor era infundado.

Al fin llegamos, nos bajamos del P2C y nos aseguramos de que el muchacho no se hubiera bajado junto con nosotros.

Llegamos al punto de encuentro alrededor de las 2:40 p.m. le escribí a Viviana.

Después vino la espera. Ese era el otro inconveniente. ¿Realmente llegaría Viviana o sería un farsante? Era incierto. Además, el punto de encuentro era una parada de Metrolínea. Volvió la sensación de peligro porque continuamente transitaban motociclistas que sentíamos iban a atacarnos.

El encuentro

Fueron diez largos minutos, cuando por fin apareció una muchacha. Era de estatura media, trigueña, con ojos saltones y cabello liso, bien vestida. Parecía bastante decente para ser una farsante.

Nos pidió seguirla a su casa que no quedaba lejos de donde nos encontrábamos.

Llegamos a su casa, era de dos pisos. Lo primero que noté después de entrar fue su cariño por sus animales. Inmediatamente llegó, saludó a su padre y después a sus dos perritos.

Nos invitó al segundo piso, donde se encontraba Tara. En el camino nos explicó que la cachorrita y su madre antes de vivir en su casa, se encontraban en una invasión, en condiciones deplorables; y que el poco alimento que conseguía la perra, era para sus cachorros. Eso explicaba la delgadez de la madre.

Cuando llegamos, sobre una sábana en el piso estaba la perra amamantando a Tara.

Terminada su labor como madre, Viviana me permitió alzar a la perrita. La mimé, sin embargo, se sentía incómoda, quería bajarse, ocurrió en repetidas ocasiones.

Me sentí decepcionada, no solo porque lo hacía por mí sino principalmente por ella.

Dejamos que volviera con su madre, hice un poco de tiempo y mientras tanto dialogué con Viviana.

—¿Es la primera vez que hace este tipo de labores... rescatar y dar en adopción perritos? —le pregunté.

—*No. En este barrio hay muchos perritos callejeros. He tratado de rescatar la mayor cantidad posible. Mi casa es un hogar de paso para ellos mientras encuentro su hogar.*

El otro cachorro

Posterior a su siesta, salió otro perrito.

—¿Quién es el? —le pregunté a Viviana.

—*Es el hermanito de Tara, se llama Aron* —contestó.

Aron, a diferencia de Tara, era sociable, juguetón y le agradaban los mimos.

Con algo de interés volví a dirigirme a Viviana.

—¿Ya lo adoptaron?

—*Aún no. Pareces interesada. Si quieres puedes llevártelo. Te veo preocupada por Tara, sin embargo, no habrá problema. Otras personas se han contactado conmigo para adoptarla. Estoy segura que le encontraremos un buen hogar* —respondió.

Su respuesta me dio tranquilidad.

Su nuevo hogar

Al final, Aron se fue conmigo.

Alrededor de las 5:00 p.m. junto con Rodolfo volvimos a mi casa. Tomamos el Metrolínea P2C y después el P6.

En mi casa esperaba mi abuela. Esa era la siguiente prueba.

Inmediatamente me vio con Aron se sorprendió. Ella pensó que lo dicho en la mañana había sido un chiste. Poco después se enfureció.

Al principio, Aron estaba aprendiendo a hacer sus necesidades en el lugar que le habíamos dispuesto, el baño. Por esos días el apartamento constantemente tenía hojas de periódicos en el piso. Creí que sería una mejor solución que lavar periódicamente el trapero para limpiar su orina. Y como era de esperarse, mi abuela se molestaba al ver esa situación en la casa.

Fue hasta poco después de algunos días que lo aceptó, cuando por fin “aprendió a ir al baño”.

De hecho, el 31 de mayo de 2018 lo acompañamos –mi abuela y yo– a su primera vacuna, contra el parvovirus, y primera desparasitación.

Parte de la familia

Poco después de los dos meses lo saqué por primera vez al parque, específicamente al parque Turbay.

A lo largo de su vida, Aron ha atravesado también momentos de enfermedad. A causa de garrapatas infectadas ha sufrido dos veces de erliquiosis canina. Enfermedad que catalogaron los veterinarios como mortal.

No obstante, con el tratamiento adecuado, con su fortaleza y nuestra paciencia logramos su mejoría.

En la actualidad, Aron, sin duda, hace parte de nuestra familia.

Siendo un adulto, es blanco (color base) y tiene manchas negras y marrón claras). Aun es un perro mestizo, su aspecto físico y personalidad dan a entender que podría tener descendencia del Jack Russell Terrier. Al igual que esta raza canina, Aron tiene energía ilimitada, es travieso, curioso, intrépido, cariñoso e inteligente. Asimismo, le gusta saltar, cavar y ladrar, este último es uno de sus hobbies favoritos.

Aron no solo tiene amigos perrunos: Noah, mascota de una vieja amiga de mi abuela; y Kira, mascota de mis primos María Alejandra y Jorge Andrés. Sino también humanos, como Jairo, que lo pasea todos los lunes, miércoles y viernes en la mañana. Además de mi abuela y yo.

Para mi abuela y especialmente para mí, Aron representa un fiel compañero. El símbolo más adecuado de la amistad desinteresada; y estamos tan acostumbradas a su peculiar personalidad que ya no imaginamos nuestras vidas sin él.